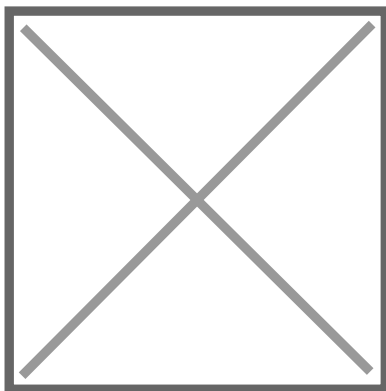




563f60

P. 4

Lunes 24 de Julio de 2000 **LA NACIÓN**

Opinión

APUNTES

ENRIQUE RAMÍREZ CAPELLO

Un señor ceremonioso y pícaro

Se fue como vivió. En silencio. Tenía 95 años. Hombres de imaginación y ensueños, tristezas y dulzuras.

Vivía en San Felipe, en la mansedumbre de un hogar con multitud de libros.

Era Hermelo Arabena Williams, miembro correspondiente de la Academia de la Lengua, historiador, escritor y columnista.

Lo conocí en la década del 60. Visitaba la redacción de "Las Últimas Noticias". Edificio de origen aristocrático. Escala de mármol, señorial, convocadora de intelectuales y vedettes, políticos y periodistas. Baranda de fierro en forja, hecha para el coloquio, el romance y la amistad.

A mediatarde, tertulias en la oficina de Luis Sánchez Latorre, irónico, mordaz, culto. En su vecindad, Homero Bascuñán, humilde, solidario, tenaz.

Novelistas y cuentistas escribían en el diario. Conversaban de teatro, literatura. Anécdotas, circunstancias, ingenios.

Los jóvenes aprendíamos. Todos nos daban tribuna. Acaso un recreo en el café Santos, en sus mesas con panecillos. Luego, el éxtasis de la noticia, la atracción de la noche, el vértigo de los hechos.

Hermelo Arabena aparecía con sus libros originales, sus apuntes puntillosos, sus columnas reflexivas.

Después, el sigilo. El desdibujado de los años. El casi olvido.

Hasta que una tarde llegamos a un hotel algo aldeano de San Felipe, con los profesores de castellano Iván Sandoval, Fernando Guardiola y Manuel Antonio Contreras. Almuerzo de tres platos, sosiego provinciano, conversación amable e inteligente.

De pronto -paso lento, paradójica voz entera, ánimo fuerte- Hermelo Arabena. Fue un remolino de añoranzas. Nos atrapó con sus relatos de viaje. Su palabra exquisita, su estilo grato y su vivaz narración nos cautivaron durante horas.

Llegaron guitarristas y cantaron boleros que reanimaron sus nostalgias.

Nos llevó a su casa. Nos regaló libros, que antaño lei en las ediciones de Efraín Szmulewicz, el recopilador y crítico de origen polaco.

Fue inolvidable. Hace una semana transitaba por Plaza Baquedano. Aún llevaba las huellas del encuentro del consejo nacional del Colegio de Periodistas con el Presidente de la República.

Día de esperanzas. Respaldo de colegas, estudiantes, académicos.

¿Lo tendremos del gobierno y de los parlamentarios para la anhelada Ley de Prensa?

Caminaba cerca del Metro. Desde una de sus escalinatas asomó el escritor y catedrático Juan Antonio Massone.

Me dio la mala nueva: venía del funeral de Hermelo Arabena Williams.

Me entristecí.

Y me entregó su discurso de despedida.

Con intención algo notarial, transcribo acápite: "Nacido en 1905, su existencia se vertió entusiasta y generosa, dando cabida lo mismo al gracejo de antigua cepa como al permanente esmero con que labró cada uno de sus libros, especialmente los poemarios, en cuyos formatos métricos y de sonetos y de romances expuso la tremolación de un alma que, no por creyente en el Señor, se eximió de melancolías y de cavilaciones acerca de la fugacidad invasora que tan abundantes recuerdos de dichas pasadas suele provocar, como de la inactualidad con que grava, según pasan los años, a quienes -ya mayores- ven aumentada la soledad y forzados a buscar calor en los rescoldos de la propia memoria".

En nombre de la Academia Chilena de la Lengua, Massone destacó el humor de Arabena. Su afecto a la familia, la tierra aconcagüina, la cultura hispánica. Su obra tradicional.

Massone dijo en la despedida: "Cuando lo conocí, en 1977, en las recordadas tertulias dirigidas por Oreste

Plath, en librería Nacimiento, ya entonces me fue claro que era un sobreviviente de la contemplación en un mundo bullanguero; memorialista salido de tradiciones -en su casa mantenía costumbres de celebración que únicamente sabemos de leídas- y, en fin, un señor ceremonioso y pícaro que animaba su conversación con dichos, anécdotas u ovillejos, venidos los unos de una disertación de Bello, rescatados los otros de viajes por mentideros y callejas del mundo".

Arabena fue cronista, viajero, poeta y novelista.

Original hasta la última hora.

Un error en el anuncio del horario en el Cementerio Católico parece fruto de su imaginación.

Unos amigos lo despidieron a las 12:30, con discurso del Instituto de Commemoración Histórica.

Se retiraron.

Casi en el frío pórtico -donde están las coplas de Jorge Manrique-, los encontró Juan Antonio Massone.

Volvieron a la recién sellada sepultura.

Se estremecieron con su discurso.

Partieron.

Pero venía otro grupo, que creía que lo enterraban a las 13:30.

De nuevo al sepulcro. Ahora lo despidió José Miguel Vicuña, en nombre de la Sociedad de Escritores de Chile y el Grupo Fuego.

Acaso fue la travesura final de "un señor ceremonioso y pícaro".

LA NACIÓN



Hermelo Arabena Williams en 1974. Según él mismo se describía entonces, "roto aconcagüino con pinta de inglés".

Animaba su conversación con dichos, anécdotas u ovillejos, venidos los unos de una disertación de Bello, rescatados los otros de viajes por mentideros y callejas del mundo...

Un señor ceremonioso y pícaro [artículo] Enrique Ramírez Capello

Libros y documentos

AUTORÍA

Ramírez Capello, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un señor ceremonioso y pícaro [artículo] Enrique Ramírez Capello. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile